

¿Y DE LOS NEOLECTORES Y LOS ANALFABETAS FUNCIONALES QUÉ?

(Capítulo extraído del libro “Contra la Sacralización del libro: TODOS LOS LIBROS AL VIENTO” de Jorge Alfonso Sierra)

Lo cierto es que en Latinoamérica, con testarudas y solitarias excepciones, se está escribiendo, editando, haciendo libros o imprimiendo para los mercados que ya señalamos pero no para los neolectores ni para los analfabetas funcionales. Nadie está estudiando cuales son los mecanismos de aprendizaje y de lectura que debemos utilizar, no ya para los niños, cuyo mundo interior aún no está tan influenciado, sino para un adulto que aprendió a leer y entender unas claves de acceso a una edad en que su mundo interior ya está enriquecido por una realidad circundante dura y golpeadora .

No tenemos conocimiento de alguna campaña de lectura concebida para los neolectores o para los analfabetas funcionales, excepto la sutil referencia que nos hace **Álvaro Garzón** en su obra “**La Política Nacional del Libro (Ed. Unesco)**”: “La Promoción de la lectura se ha traducido en la coordinación de un sistema nacional de bibliotecas, campañas de lectura en el medio rural...(..)”.

Nadie se está preocupando por motivar a los analfabetas funcionales y a los neolectores para la lectura, pero no con frases huecas e impositivas como “métete un libro en la cabeza”, o “léete un libro y serás culto”, o “acércate al conocimiento, lee un libro”, sino con ganancias reales que éste puede obtener o con motivaciones más sugestivas.

Sin duda, las gradaciones de la lectura son una realidad pues “los lectores de libros (...) amplían o concentran una función que nos es común a todos. Leer letras en una página es sólo una de sus muchas formas. El astrónomo que lee un mapa de estrellas que ya no existen; el arquitecto japonés que lee el terreno en que se va a edificar una casa con el fin de protegerla de fuerzas malignas; el zoólogo que lee las huellas de los animales en el bosque; la jugadora de cartas que lee los gestos de su compañero antes de arrojar sobre la mesa el naipe victorioso; el bailarín que lee las anotaciones del coreógrafo y el público que lee los movimientos del bailarín sobre el escenario; el tejedor que lee el intrincado diseño de un alfombra que está fabricando; el organista que lee simultáneamente en la páginas diferentes líneas de música orquestada; el padre que lee el rostro del bebé buscando señales

de alegría, miedo o asombro; el adivino chino que lee las antiguas marcas en el caparazón de una tortuga; el amante que de noche, bajo las sábanas, lee a ciegas el cuerpo de la amada; el psiquiatra que ayuda a los pacientes a leer sus propios sueños desconcertantes; el pescador hawaiano que, hundiendo una mano en el agua, lee las corrientes marinas; el granjero que lee en el cielo el tiempo atmosférico; todos ellos comparten con los lectores de libros la habilidad de descifrar y traducir signos. Algunos de esos actos de lectura están matizados por el conocimiento de que otros seres humanos crearon con ese propósito la cosa leída – anotaciones musicales o señales de tráfico, por ejemplo – o que lo hicieron los dioses: el caparazón de la tortuga, el cielo nocturno. Otros dependen del azar.” (Alberto **Manguel. Op. Cit.**)

“No es suficiente expresar que leer es necesario y hablar de sus múltiples y positivos efectos, porque fácilmente podría caerse en un discurso vacío y demagógico. Resulta necesario elaborar un plan en el que la persona y el material escrito tengan un encuentro armonioso.” (**Programa de Promoción de Lectura. Costa Rica. Op. Cit.**)

Sin duda, la configuración de nuestras sociedades latinoamericanas es muy distinta de las europeas o la norteamericana en cuanto a la distribución socio-cultural de su población, lo que conlleva el que debamos hacer, al menos, una lectura distinta de nuestro tejido cultural y educacional.

En Latinoamérica contamos con altas tasas de analfabetismo y deserción escolar en todos los niveles educativos (primaria, bachillerato y universidad), pobrísimas redes de bibliotecas públicas, incipientes o nulas industrias editoriales, no poseemos tradiciones investigativas ni siquiera en la educación superior, (lo que conlleva el que exista una fuerte costumbre de recurrir a la conseja oral para la consecución de la información) y por supuesto sin el hábito de la búsqueda o la utilización del libro, no solo como fuente de lectura sino como prodigador de múltiples satisfacciones, informaciones y conocimientos.

Por ello mismo, se hace claro que poca o ninguna incidencia tienen dentro de la gran masa poblacional esas campañas genéricas de motivación a la lectura, y sólo confirman la sospecha de que las mismas se dirigen exclusivamente a satisfacer vanidades personales, o a los estados financieros de los medios de comunicación masiva, o cuando

más, a incidir sobre minorías privilegiadas de la población de clase media y alta.

Motivar o iniciar a la lectura requiere análisis muchos más detallados de la urdimbre de nuestros tejidos sociales y sobre todo, requiere programar y ejecutar acciones que pretendan y busquen modificar percepciones, actitudes, aptitudes, hábitos y formas de acercarnos a los libros.

Daniel Pennac en su deliciosa obra ya referenciada, **“Como una Novela”**, nos inicia con una frase lapidaria: “El Verbo Leer no tolera el imperativo. Es una aversión que comparte con algunos otros verbos: “amar... soñar”....”

Pero por estos lares, estamos haciendo todo al contrario. La lectura, y especialmente la literatura para el lector no avezado, es víctima de la ridiculización, la banalización conceptual, el menosprecio. En alguna oportunidad Mario Vargas Llosa planteaba el que habría que preguntarse y analizar cuáles eran los mecanismos técnicos que utilizaban escritores como los de la serie “Estefanía”, para lograr amarrar tan efusivamente a un lector por naturaleza esquivo como un guarda o un celador, para aplicar éstas técnicas en su literatura y de esta manera incentivar el hábito lector. Que no era dable ridiculizar ni menospreciar a esta llamada “subliteratura” sino al contrario, destornillara, estudiarla, investigarla con respeto y celebrar el día que se ganara su público para mejores causas.

“(...) Es necesaria la selección de textos y el diseño de experiencias que faciliten el hecho de leer. Debe aclararse que no conceptualizamos la “selección” como el hecho de dictaminar lo que debe leer cada sujeto, con un carácter rígido y no dialógico. Se trata de crear un banco de textos según el desarrollo psicológico, los intereses y las necesidades de cada uno, para que el lector determine qué quiere leer. (Programa de Promoción de la Lectura. Costa Rica. Op. Cit.)

La Historieta gráfica,(cómic, tebeo, fumetto o bande dessinée) poderoso mecanismo para incentivar la lectura en el niño, el neolector y el analfabeta funcional, goza en nuestro medio de poquísimos respeto y menor consideración.

Olvidamos, por ejemplo, que “la aparición de Los Supermachos y Los Agachados de Rius, constituyó una auténtica revolución en la historia de la lectura en México. Desarrollados con base en una peculiar combinación de historieta satírica de personajes y cómic didáctico, Los Supermachos y Los Agachados de Rius demostraron que el lenguaje de los llamados “monitos” eran perfectamente compatibles con una crítica política no panfletaria y con la exposición antisolemne de contenidos educativos; pero, sobre todo, revelaron la existencia de un público dispuesto a recibir un tipo de lectura por medio de un cómic adulto, que apelaba a su inteligencia y lo hacía reflexionar” **(Miguel Rojas Mix. Volumen 207. Casa de las Américas. Cuba).**

Se sabe, incluso, que “el cómic ha penetrado el imaginario social no sólo de Occidente sino de todo el planeta. Apoyándose el uno en el otro, el cómic y el cine, nacidos casi a la par y estrechamente asociados, constituyen las dos grandes formas del arte popular del siglo XX” **(Miguel Rojas Mix. Op. Cit.)**

Pero incluso, desde los albores de la historia del libro, tenemos referencias de la poderosa influencia que ejerció en la incentivación del hábito lector, el combinar eficientemente la imagen y el texto.

“En efecto, es en este siglo (1.530-1.600) ampliamente troceado, en el que el analfabetismo sigue siendo muy alto, incluso en las ciudades que, sin embargo van muy por delante de los campos circundantes y donde la propiedad individual del libro sigue siendo privilegio exclusivo de las elites, cuando se constituye un mercado “popular” del impreso. Fue preparado, sin duda, por la circulación de todo un material que, desde los librillos xilográficos, reúne imagen y texto, familiarizando así el escrito a quienes no saben leerlo”.**(Roger Chartier. Libros, lecturas y lectores en la edad media. Ed. Alianza Universidad.)**

Sabemos también que “la literatura y el arte contemporáneo han tenido una estrecha y fructífera relación desde hace mucho tiempo con el cómic y se nota cada vez más una mayor intensidad. Conocemos a guionistas que son grandes escritores. **(Dashiel Hammett se unió a Alex Raymond para crear el Agente Secreto X-9)**, o grandes autores que han sido trasladados al cómic. Stephen King, de los Estados Unidos, se apoya sólidamente en la cultura popular y escribe

fondos de Rock y cita, junto a Little Richard, a la pequeña Lulú.”(Miguel Rojas Mix. Op. Cit.)

Los ejemplos más relevantes de la literatura latinoamericana, en los que consagrados escritores recogen desde el lenguaje onomatopéyico del cómic hasta la mezcla del texto literario con los dibujos, los tenemos en Vargas Llosa y Julio Cortázar.

En efecto, “Vargas Llosa utiliza la técnica de la onomatopeya en “Los cachorros” para aludir al mundo infantil y Cortázar publicó en 1.975, en unión con el dibujante Sabat “Fantomas contra los vampiros multinacionales”, donde mezcla el texto literario con el cómic y personajes reales como el propio Cortázar, Octavio Paz o Susan Sontag se unen con Fantomas”.

“En muchas historietas se ha introducido el escritor como personaje, como por ejemplo, Hugo Pratt que involucró varias veces a Saint-Exupéry, Artaud, Herman Hesse, Baudelaire o Borges, o Muñoz y Sampayo que introducen a Cortázar en “Sudor Sudaca”. (Miguel Rojas Mix. Op. Cit.)

Y ni qué hablar de lo que significa el cómic para el Pop-Art, que surge a comienzos de los 60.¿Cómo entender sin él a Roy Liechtenstein, a Andy Warhol o al politizado Equipo Crónica de España?.

Y ¿cómo no entender la poderosa influencia que ejerció, y sigue ejerciendo en la cultura europea desde 1.928 cuando hizo su aparición, la tira cómica “Tintín” del belga George Rémi (Hergé), sin olvidar que la misma ha sido traducida a 29 idiomas, se distribuye en más de 120 países y solamente en París, Londres, Nueva York y Bruselas existen cuatro tiendas especializadas que ofrecen toda clase de objetos para coleccionistas empedernidos, fanáticos de este personaje de ficción?

¿Y qué de Condorito, ese simpático pajarraco de René Ríos que nos llegó de Chile y que alcanzó la astronómica cifra de 80 millones de ejemplares vendidos por semana en Latinoamérica?

En Japón, “el número de libros y revistas de cómics vendidas ha ido creciendo por años, llegando a 2.250 millones en 1.993. Mientras que la impresión de libros normales ha disminuido de forma constante durante los últimos 5 años, el mercado de los libros de cómics continúa

en expansión. El número de libros de cómics publicado en 1.993 aumentó un 9.7% con relación a 1.992, mientras que el valor de las ventas ascendió un 10%. Los cómics representan ahora el 36% del mercado total de lecturas. Esto explica la razón por la que algunas casas editoriales que nunca tuvieron nada que ver con las revistas de cómics en el pasado han irrumpido en el mercado este año.” (**Japan pictorial. Japón gráfico. Revista trimestral. Vol. 18, No. 1, 1995**).

Pero en muchos países de la misma Latinoamérica parecemos desconocer estas formas alternativas de incentivar el hábito lector, existiendo incluso el caso doloroso de que mientras Francia celebra anualmente su “Festival de la Historieta Gráfica” en Angulema, en donde se muestra y debate lo que el mundo desarrollado hace y aprovecha esta herramienta pedagógica tanto para niños como para adultos, en Colombia la Ley 98 de 1.993 “por medio de la cual se dictan normas sobre democratización y fomento del libro colombiano” asimiló a esta historieta y las tiras cómicas con las fotonovelas, los juegos de azar y la pornografía, habiéndola excluido de los beneficios tributarios de incentivo a la industria editorial.

“Para promover la lectura en nuestros países, no basta con concebir campañas motivacionales para los medios de comunicación social; es necesario, además, programar y ejecutar acciones destinadas a modificar actitudes, percepciones y formas establecidas de funcionamiento institucional.” (**Álvaro Agudo. La Promoción de la lectura como animación cultural. Op. Cit.**)

Todo esto deviene también en agrios lamentos de los involucrados en el mundo del libro con la falsa concepción de que las masas no leen, o que se han alejado inmisericordemente de la lectura por causas atribuibles a ellos mismos, o se empiezan a buscar con desenfreno culpables ajenos que expíen nuestras culpas y nos releven de la responsabilidad de que como agentes culturales, mucho tenemos que ver con que las mayorías se muestren hoy apáticas ante la sola insinuación de la palabra libro.

Y hemos empezado a encontrar los chivos expiatorios precisos y por doquier: La televisión, con una bandera negra de culpabilidad inconmensurable, la absurda época de lo visual que en desgracia nos

tocó vivir, la inversión de valores de la juventud actual, la falta de una educación centrada en los conceptos de antaño, los ministerios de educación que no tienen rutas definidas como los de antes, los maestros y profesores que ya no inculcan la ética y las buenas costumbres, el mercadeo y todas sus nefastas variables como la publicidad y la promoción que atiborran e idiotizan a los seres humanos - sobre todo a los jóvenes - con productos y propagandas basuras....

“Y si el proceso no es contra la televisión o el consumo en cualquier instancia, será contra la invasión electrónica; y si la culpa no es de los pequeños juegos hipnóticos, será de la escuela: las enseñanzas aberrantes de la lectura, el anacronismo de los programas, la incompetencia de los docentes, la vetustez de los locales, la carencia de bibliotecas. ¿Qué más entonces? Ah sí, el presupuesto del Ministerio de Cultura...!una miseria! Y la parte infinitesimal reservada al “Libro” en esta bolsa microscópica.

¿Cómo quiere usted en estas condiciones que mi hijo, que mi hija, que nuestros muchachos, que la juventud, lean?”. **(Daniel Pennac. Op. Cit.)**

Por supuesto, decir hoy bajo una tribuna de y para intelectuales que la gente no lee, o que es superflua en sus criterios porque no accede suficientemente a Kundera, es mostrar una liviandad conceptual y una irresponsabilidad cultural sino de conmiseración al menos de un serio cuestionamiento.

En cambio Cuba, único país latinoamericano que puede mostrar índices de cero analfabetismo entre su población, parece estar paradójicamente sola en su preocupación por los neolectores, al menos desde sus instancias directivas.

“(...) En Cuba, por ejemplo, no contamos con índices científicamente verificables de lectura; el problema sería con el nuevo lector, al que habría que ofrecerle facilidades para su formación...”. **(Omar González. Presidente. Inst. Cubano del Libro. Rev. del libro cubano. Año II. Suplemento especial.1.998.).**

El diseño y la tipografía de los libros que actualmente se editan, en lo que a adultos se refiere, van dirigidos, como ya dijimos, a un lector avezado o al menos familiarizado con la lectura. Compuestas

normalmente en letra pequeña de 6, 8,10 o máximo 12 puntos, son rechazadas, de súbito, por un neolector o un analfabeta funcional.

“Una buena página debe atender a la presentación y, ante todo, facilitar la lectura. Bien dice Stanley Morison que el primer objeto de la tipografía no es la decoración sino la utilidad, y agrega que un buen impresor sabe que nunca debe distraer al lector, “ni siquiera con belleza”.(Roberto Zavala Ruiz. **El Libro y sus orillas. Biblioteca del Editor. Edit. Universidad Nacional Autónoma de México.**)

“El tamaño de las letras es también un factor de expectativas, casi una reivindicación de los lectores esforzados y de los no - lectores. No les importa tanto el volumen de los libros, sino la dificultad que representa la lectura de letras pequeñas. Eso dificulta aún más la fluidez de la lectura, que ya les parece un gran problema.”(Investigación sobre lectores. Laura Sandroni. **Lectura y Medios de Comunicación de masas. Co-edición Latinoamericana de Libros para la Promoción de la Lectura. Ed. Cerlalc y otros.**)

El lamentado editor uruguayo Julián Murguía, concibió, cuando era Director del Instituto Nacional del Libro de la República del Uruguay, una colección que si bien no buscaba como prioridad a los neolectores y a los analfabetas funcionales, sino a los adultos lectores que ya no disfrutarán de una clara visión, al menos sí podríamos extrapolar sus intenciones hacia aquellos, los mencionados neolectores y los analfabetas funcionales. Se trató de la bella “Colección Brazo Corto” en cuya contracarátula leemos: “LOS LIBROS CON LETRAS GRANDES: Esta colección está especialmente destinada a aquellas personas que tienen dificultad para leer los cuerpos más pequeños con que habitualmente se imprimen los libros.

Compuesta en Cuerpo 16, facilita y aumenta el placer de la lectura”.

En ésta colección encontramos desde “Cuentos” de autores clásicos como Horacio Quiroga hasta la apetecida obra “Montevideanos” de Mario Benedetti.

Siendo producida desde instancias públicas, no sabemos que pudo haber pasado con éste magno esfuerzo.